

Ricardo Piglia

Literatura y psicoanálisis

Transcripción de la conferencia dictada en Buenos Aires con el auspicio de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) el 7 de Julio de 1997.

La relación entre psicoanálisis y literatura es por supuesto conflictiva y tensa. Por de pronto, los escritores han sentido siempre que el psicoanálisis hablaba de algo que ellos ya conocían y sobre lo cual era mejor mantenerse callado. Faulkner, Nabokov, observaron que el psicoanalista quiere intervenir en aquello que los escritores, desde Homero, han convocado, con esa rutina ceremoniosa con la que se convocan las musas, en relaciones muy frágiles y siempre tocadas por la gracia. En esa relación imposible de provocar deliberadamente, en esa situación de espera tan sutil los escritores sintieron que el psicoanálisis avanzaba como un loco furioso.

Pero hay otro punto sobre el cual los escritores han dicho algo que, me parece, puede ser útil para los psicoanalistas. Nabokov y también Manuel Puig, nuestro gran novelista argentino, insistieron en algo que a menudo los psicoanalistas no perciben o no explicitan: el psicoanálisis genera mucha resistencia pero también mucha atracción; el psicoanálisis es uno de los aspectos más atractivos de la cultura contemporánea, y lo es porque todos queremos tener una vida intensa; en nuestras vidas triviales, nos gusta admitir que en algún lugar experimentamos grandes dramas, que hemos querido amar a nuestros padres y que, entonces, vivimos en un universo de gran intensidad, donde hemos logrado superar el tedio, la monotonía en la que habitualmente estamos inmersos. El psicoanálisis nos convoca a todos como sujetos trágicos; nos dice que hay un lugar en el que todos somos sujetos extraordinarios, tenemos deseos extraordinarios, luchamos contra tensiones y dramas profundísimos, y esto es muy atractivo.

Así, Nabokov veía el psicoanálisis como un fenómeno de la cultura de masas; consideraba que este elemento de atracción, donde cada uno se conecta con las grandes tragedias, las grandes traiciones, esto puede referirse a un procedimiento clásico en la cultura de masas: convocar al sujeto a un lugar extraordinario que lo saque de su experiencia cotidiana.

Y Manuel Puig decía algo que siempre me pareció muy productivo y que sin duda lo fue en la construcción de su propia obra. Decía Puig que el inconsciente tiene la estructura de un folletín. Él, que escribía sus ficciones muy interesado por la estructura de las telenovelas o los grandes folletines de la cultura de masas, había podido captar esta dramaticidad implícita en la vida de todos, que el psicoanálisis pone como centro de la experiencia de construcción de la subjetividad.

En lo que llevo dicho se va planteando una suerte de relación ambigua: por un lado el psicoanálisis avanza sobre una zona íntima, de la cual el artista considera que es mejor esperar y no pensar; pero, por otro lado, el psicoanálisis se presenta como una especie de competencia: genera una especie de bovarismo, en el sentido de la experiencia de Madame Bovary, que leía aquellas novelistas rosas y quería vivirlas.

Voy a agregar dos anotaciones: sobre cómo la literatura ha usado el psicoanálisis y de qué manera el psicoanálisis ha usado la literatura. Para pensar lo primero, podemos olvidar experiencias un poco superficiales como la del surrealismo, que confundía esa espera de la gracia de la musa con un procedimiento mecánico de escritura automática: la musa es una dama suficientemente frágil como para necesitar un tratamiento más delicado que ese escribir sin pensar, dejándose llevar; es un poco ingenuo suponer que ésa sería la manera de conectarse con el inconsciente en el trabajo.

Quien sí constituyó la relación con el psicoanálisis como clave de su obra es quizás el mayor escritor del siglo XX: James Joyce. Él fue quien mejor utilizó el psicoanálisis, porque vio en el psicoanálisis un modo de narrar; supo percibir en el psicoanálisis una posibilidad de construcción formal. Es seguro que Joyce conocía bien *Psicopatología de la vida cotidiana* y *la interpretación de los sueños*: su presencia es muy visible en la escritura de *Ulises* y del *Finnegans Wake*. No en los temas: no se trataba para Joyce de refinar la caracterización psicológica. No: Joyce percibió que había ahí modos de narrar; que en la construcción de una narración, el sistema de relaciones no debe obedecer a una lógica lineal, y aquí se ubica el monólogo interior. Así Joyce utilizó el psicoanálisis de una manera notable y produjo en la literatura, en el modo de narrar, una revolución de la que es imposible volver.

Y me parece que el *Finnegans Wake*, que por supuesto es una de las experiencias literarias límites de este siglo, se construye en gran medida sobre la estructuración formal que se puede inferir de una lectura creativa de la obra de Freud: una lectura que no se preocupa por la temática sino por el modo en que se desarrollan ciertos modos, ciertas formas, ciertas construcciones.

Cuando le preguntaban por su relación con Freud, Joyce contestaba así: «Joyce en alemán, es Freud». «Joyce» y «Freud» quieren decir «alegría»; en este sentido los dos quieren decir lo mismo, y la respuesta de Joyce era, me parece, una prueba de la conciencia que él tenía de su relación ambivalente pero de respeto e interés respecto de Freud. Me parece que lo que Joyce decía era: yo estoy haciendo lo mismo que Freud. En el sentido más libre, más autónomo, más productivo.

Joyce mantuvo otra relación con el psicoanálisis, o por de pronto con un psicoanalista, donde, en una anécdota, se sintetiza algo de esta tensión entre psicoanálisis y literatura. Joyce estaba muy atento a la voz de las mujeres. Él salía poco, estaba mucho tiempo escribiendo, y escuchaba a las mujeres que tenía cerca: escuchaba a Nora, que era su mujer, una mujer extraordinaria; escuchándola, escribió muchas de las mejores páginas del *Ulises*, y los monólogos de *Molly Bloom* tienen mucho que ver con las cartas que él le había escrito a Nora en ciertos

momentos de su vida. Digamos que Joyce está muy atento a la voz femenina.

Mientras estaba escribiendo el *Finnegans Wake* era su hija, Lucía Joyce, a quien él escuchaba con mucho interés. Lucía terminó psicótica, murió internada en una clínica suiza en 1962, Joyce nunca quiso admitir que su hija estaba enferma y trataba de impulsarla a realizar actividades diversas. Una de las cosas que hacía Lucía era escribir. Joyce la impulsaba a escribir textos y Lucía escribía, pero ella estaba cada vez más en situaciones difíciles, hasta que por fin le recomendaron que fuera a verlo a Jung. Ellos estaban viviendo en Suiza y Jung había escrito un texto sobre el *Ulises*. Joyce fue a verlo para plantearle el tema de su hija, y le dijo a Jung: «Acá le traigo los textos que ella escribe, y lo que ella escribe es lo mismo que escribo yo», porque él estaba escribiendo el *Finnegans Wake*, que es un texto totalmente psicótico, si uno lo mira desde esa perspectiva: es totalmente fragmentado, onirizado, cruzado por la imposibilidad de construir con el lenguaje otra cosa que no sea la dispersión. Entonces Joyce le dijo a Jung que su hija escribía lo mismo que él, y Jung le contestó: «Pero allí donde usted nada, ella se ahoga». Es la mejor definición que conozco de la distinción entre un artista y... otra cosa, que no voy a llamar de otra manera que así.

El arte de la natación

En efecto, el psicoanálisis y la literatura tienen mucho que ver con la natación. El psicoanálisis es en cierto sentido un arte de la natación, un arte de mantener a flote en el mar del lenguaje a gente que está siempre tratando de hundirse. Y un artista es aquel que nunca se sabe si va a poder nadar: ha podido nadar antes, pero no sabe si va a poder nadar la próxima vez que entre en el mar.

En todo caso, la literatura le debe al psicoanálisis la obra de Joyce. Él fue capaz de leer el psicoanálisis, como fue capaz de leer otras cosas. Joyce fue un gran escritor porque supo entender que había maneras de hacer literatura fuera de la tradición literaria; que era posible encontrar maneras de narrar en los catecismos, por ejemplo, que la narración, las técnicas narrativas no están atadas sólo a las grandes tradiciones narrativas sino que se pueden encontrar modos de narrar en otras experiencias contemporáneas; el psicoanálisis fue una de ellas.

La otra cuestión es qué le debe el psicoanálisis a la literatura: le debe mucho. Podemos hablar de la relación que Freud estableció con la tragedia, pero no me refiero a los contenidos de ciertas tragedias de Sófocles, de Shakespeare, de las cuales surgieron metáforas temáticas sobre las que Freud construyó un universo de análisis. Me refiero a la tragedia como forma que establece una tensión entre el héroe y la palabra de los muertos.

En literatura, se tiende a ver la tragedia como un género que estableció una tensión entre el héroe y la palabra de los dioses, del oráculo, de los muertos, una palabra que venía *de* otro lado, que *le* estaba dirigida y que *el* sujeto no entendía. *El* héroe escucha un discurso personaliza-

do pero enigmático, es claro para los demás pero él no lo comprende, si bien en su vida obedece a ese discurso que no comprende. Esto es Edipo, Hamlet, Macbeth, éste es el punto sobre el que gira la tragedia en la discusión literaria sobre género que empieza con Nietzsche y llega hasta Brecht. La tragedia, como forma, es esa tensión entre una palabra superior y un héroe que tiene con esa palabra una relación personal.

Esa estructuración tiene mucho que ver con el psicoanálisis, y no he visto que ello haya sido marcado más allá de la insistencia sobre lo temático: por supuesto, en *Edipo* hay un problema con unos padres y unas madres, en *Hamlet* hay un problema con una madre, en fin. Pero en *Hamlet* también hay un padre que habla después de muerto.

Otra forma sobre la cual pensar la relación entre el psicoanálisis y la literatura es el género policial. Es el gran género moderno; inventado por Poe en 1843, inundó el mundo contemporáneo. Hoy miramos el mundo sobre la base de ese género, hoy vemos la realidad bajo la forma del crimen; como decía Bertold Brecht, qué es robar un banco comparado con fundarlo. La relación entre la ley y la verdad constitutiva del género, que es un género muy popular, como lo era la tragedia. Como los grandes géneros literarios, el policial ha sido capaz de discutir lo mismo que discute la sociedad, de otra manera. Eso es lo que hace la literatura: discute de otra manera. Si uno no entiende que discute de otra manera, le pide a la literatura que haga cosas que mejor las hará el periodismo. La literatura discute los mismos problemas que discute la sociedad, pero de otra manera, y esa otra manera es la clave de todo. Una de estas maneras es el género policial que viene discutiendo las cuestiones entre ley y verdad, la no coincidencia entre la verdad y la ley.

Poe inventa un sujeto extraordinario, el detective, destinado a establecer la relación entre la ley y la verdad. El detective está ahí para interpretar algo que ha sucedido, de lo que han quedado ciertos signos, y puede realizar esa función porque está afuera de cualquier institución. El detective no pertenece al mundo del delito ni al mundo de la ley; no es un policía. Dupin, Sherlock Holmes, el detective privado está ahí para hacer ver que la ley en su lugar institucional, la policía, funciona mal. El detective viene a poner el lugar de la verdad que no pertenece a ninguna institución donde la verdad sea legitimada.

Se plantea aquí una paradoja en la cual también estamos incluidos los argentinos hoy: cómo hablar de una sociedad que a su vez nos determina, desde qué lugar externo juzgarla si nosotros también estamos dentro de ella. El género policial da una respuesta, que es extrema: el detective, aunque forme parte del universo que analiza, puede interpretarlo porque no tiene relación con ninguna institución..., ni siquiera con el matrimonio. El detective no puede incluirse en ninguna institución social, ni siquiera la más microscópica, porque ahí donde quede incluido no podrá decir lo que tiene que decir, que es esa tensión entre la ley y la verdad.

En la tragedia un sujeto recibe un mensaje que le está dirigido, lo interpreta mal, y la tragedia es el recorrido de esa interpretación; la tragedia es el modo en que el sujeto entiende mal. En el policial, el que

interpreta ha podido desligarse y habla de una historia que no es la de él, se ocupa de una cuestión que no es la de él: me parece que los psicoanalistas tienen algún parentesco con esto.

Sergio Pitol

Los Climas

Editorial Seix Barra, Barcelona, 1972.

I

Cuatro horas perdidas

A través de su mirada retórica, el sueño del sábado lo eximía del ajuste de cuentas que de otra manera hubiese precisado. Al menos es consciente de que ha vuelto a hacer trampas, que aquel sueño no es sino un modo más de confundir y borrar las relaciones entre causa y efecto, de exculparse, de evadir, en suma, todo intento de rigor. De cualquier manera, se dice, el sueño, al librarlo de nombres propios y circunstancias inmediatas, le permite examinar la situación con tolerable claridad.

Se despide de unos amigos a la salida de un teatro. Alguien debe comentar casualmente que son las once de la noche; tal vez un reloj callejero se lo indica. Unos girones de niebla aborregada se desplazan lentamente a ras de suelo como pelotas informes. Se detiene de pronto en una esquina; saca un reloj de su bolsillo y descubre, con estupor, que son las tres de la mañana. No tiene la menor idea de lo que pudo haber hecho en las últimas cuatro horas. Sabe sólo que no pudo haber estado en ningún *pub*, en ningún restaurante, pues el horario no lo permitiría. A pesar de la hora, hay gente aún en la calle: ancianos de aspecto vagamente centroeuropeo, enfundados en largos abrigos de corte recto, con bastones o paraguas de puños suntuosos, manos enguantadas y sombreros de copa. La niebla les cubre los pies, les llega a las rodillas, mutila sus melancólicas figuras. Medita aún sobre esas horas perdidas cuando alguien pasa de carrera a su lado. Sin que nadie necesite decírselo, sabe perfectamente lo que ocurre. No se concede titubeos ni dilaciones, sino que de prisa se dirige al edificio más próximo. Entra en el vestíbulo y cierra con cuidado la puerta. A través de los cristales presencia la aparición de la turba. La escena goza de todos los atributos que ha visto en cintas cómicas o carteles cinematográficos: rostros patibularios, cadenas, chaquetas de cuero, barras de hierro, cachiporras, la trampa se concentra en la persecución y caza de dos adolescentes. Cuando uno de ellos logra llegar al edificio de enfrente y está a punto de abrir la puerta es lazado por un individuo particularmente bestial. Al descubrir que está sujeto por una cuerda, el rostro del muchacho se convierte en una imagen estricta del terror. Oye en ese momento, a su lado, en torno suyo, en el interior del oscuro vestíbulo que imaginaba vacío, el jadeo amedrentado e impotente de otros seres igualmente agazapados, igualmente temblorosos. Tres o cuatro matones surgen de una bocacalle; llevan atado al otro muchacho. Depositán a sus víctimas en la plataforma de una camioneta y parten. Un instante después, la calle vuelve nuevamente a poblarse de ancianos de largos abrigos, bastones y paraguas de puños suntuosos, manos enguantadas y sombreros de copa.

El recuerdo del sueño le arruina buena parte de los días posteriores. Su significado le resulta muy claro. No logra comprender, sin embargo (y sabe que en eso reside el aspecto más sombrío del sueño), lo que pudo haber hecho en las cuatro horas intermedias entre la salida del teatro y el instante en que la agresión se produjo.

Bristol, noviembre de 1971

2

Un hilo entre los hombres

Soy algo más que un hilo entre los hombres.

Soy uno entre todos, pero aún no he elegido.

Efraín Barquero

En la esquina se despidió de sus amigos. Dijo que ese día su abuelo y él tenían un compromiso que hacía imposible cumplir el acostumbrado programa de los viernes, breve paseo que por lo general terminaba en algún agradable café y que acaso, si el anciano se hallaba en especial buen humor, podía tener por punto de destino el bar del Ritz, La Cucaracha, o hasta algún sitio realmente elegante, donde —con el azoro que la adolescencia les exigía, mezclado a la natural despreocupación de quien considera que todo le es debido— sorbían sus martinis y escuchaban al maestro relatar infatigables andanzas y correrías por Europa, explicar pormenorizadamente algunos episodios de historia nacional o de política internacional en que de una u otra manera había tenido ocasión de ser actor o testigo, divagar sobre variados cauces y entretrechos de la cultura, revelándoles nombres y obras, mostrar escuelas de pensamiento en las que siempre les incitaba a sumergirse, y, a la par, lanzar con soberbia tranquilidad las calumnias más atroces contra la abigarrada multitud hacia la que abrigaba una variadísima gama de resentimientos (aunque una vez desperezada la ponzoña le era imposible detener el flujo y amigos y protectores resultaban arrollados por aquel río de invectivas en que los cascados epítetos parecían formar una única y malévola saeta que atinaba en un blanco imprevisible y ondulante, jamás rigurosamente prefijado) para regocijo de aquellos jovencuelos que plenos de admiración lo veían levantarse y besar la mano a una anciana que al pasar se detenía a saludarlo y recorría al grupo con mirada irónica, no desprovista de cierta chispa inmisericorde de deseo, mientras las brillantes, oscuras cabezas de los zorros que le caían del cuello mecíanse grave y acompasadamente al nivel de la mesa, para luego, tan pronto como volvía la espalda, hacerles conocer una esquemática biografía de ella coloreada por algún filón escandaloso, o para estrechar la mano de conocidas personalidades, destacados científicos, funcionarios públicos, figuras del medio cultural, o entretenerse con la pintoresca fauna teatral que rodeaba a la madura actriz que muy a menudo se les unía, y que, según él había oído decir, fue la última pasión de su abuelo; gente toda

aquella que presentaba con naturalidad a su nieto y al grupo de muchachos que recién descubría el *stream of consciousness*, y que con desordenada avidez se entregaba a la lectura del Romancero, de Góngora y Quevedo, de Stendhal y de los más recientes novelistas norteamericanos, aspirando a que tales lecturas se integraran a su mundo de la misma manera en que para el anciano eran ya parte de sí mismo —una especie de segunda piel— Hobbes y Maquiavelo, Dostoievski y Goethe, Stendhal y Valéry, el *Heptaplomeres* sobre el que desde años atrás venía preparando un enjundioso estudio; apretada malla de conocimientos y reflexiones que se transparentaban hasta en la más trivial de sus conversaciones, aun en los comentarios de ocasión sobre la hermosura de una mujer que en tal o cual momento pasaba por la calle. Los vio caminar, llegar a la siguiente esquina y seguir rumbo a la terminal de los autobuses. En ese momento envidió su alegría, su despreocupación: reían, cebándose, quizás, en alguna torpeza de Morales o a costa de Rosita. En realidad bien poco les había importado que ese viernes no se celebrara la reunión habitual; sabían divertirse por su cuenta. Con envidia, con despecho, pensó que llegarían al café, escucharían con grave atención la lectura que inevitablemente haría Eugenia de sus desoladas experiencias, yertos deliquios plasmados en una inclemente prosa rimada, que empezaba a publicar en diarios de provincia bajo el seudónimo de Filadelfa; elegirían una buena película para la tarde y consumirían la mayor parte del tiempo en comentar lo intolerable que cada día más les resultaba asistir a la anodina Facultad de Derecho. Una vez que los vio perderse en la distancia, también él caminó con lentitud rumbo al Zócalo; allí pareció que algo lo detenía y se dio vuelta, preocupado, inseguro, arrastrando casi los pies, deteniéndose frente a vitrinas oscuras, sórdidos mostradores de libros de segunda mano, ante los jarrones multicolores de aguas frescas. Entró en una panadería y pidió un bizcocho de chocolate, una bola maciza, compacta, que fue engullendo a pequeños mordiscos hasta advertir que se encontraba otra vez frente a la librería.

Durante ese año había vivido bajo la falsa impresión de que un cambio absoluto regía su mundo, pero la desilusión sufrida hacía una semana le reveló de golpe que los nuevos, deslumbrantes escenarios en que ahora transitaba se anudaban por medio de infinitos hilos, imperceptibles casi, inimaginables al primer golpe de vista, con el ritmo que suponía perdido, el lento, regular, pacato, provincianamente medido paso de Oaxaca, presidido por una parentela cuya boca expresaba en perfecta concatenación los más planos lugares comunes, animado por un enjambre de tías, viva y parlanchina expresión de la severa hoja parroquial atenuada apenas por los reflejos de cierto cine rosa y el manoseo de revistas ilustradas cuyas fotografías les producían incomparable deleite. En aquel ambiente de ñoño medio pelo no escaseaban las alusiones al abuelo. Sus tías, repetían, hubieran preferido que Gabriel, ya que por fuerza debía ir a México a continuar los estudios, se quedara a vivir en casa de Concha Soler, quien al enviudar había instalado en la capital una pensión para estudiantes oaxaqueños de buena familia, pero nadie se atrevió a contradecir a D. Antonio cuando de pronto llegó a pedir que su nieto, cuya existencia tan poco hasta entonces le había parecido preocupar, fuese a vivir con él, y en el fondo a todos alegró la posibilidad de establecer al través del muchacho nuevos lazos con aquel arisco anciano, que por pura excentricidad —decían— no aprovechaba mejor su situación, ya que después de

haberse destacado durante años en el ejercicio de importantes funciones diplomáticas, se venía a conformar con un modesto retiro. Vivía en un amplio pero anticuado departamento, acompañado sólo de un par de viejas sirvientas, sin otra fortuna que una regular colección de pintura, algunas antigüedades y una majestuosa biblioteca; hombre cuyo quehacer se consumía en el estudio, en los caprichos de una activa y peculiar vida social y el fácil desempeño de insignificantes, menudos servicios en ciertas empresas y secretarías de estado, como en esa librería y editorial en donde cada viernes gastaba unas dos horas revisando catálogos y publicaciones bibliográficas, o la biblioteca de algún Ministerio a la que pasaba de vez en vez alguna lista de publicaciones recientes de derecho constitucional, o el boletín de información de otra Secretaría en cuyas polvosas oficinas se presentaba dos veces por mes, una para cobrar sus honorarios, otra para conversar media hora con un tal licenciado Aguirre y entregarle el recorte de algún oscuro artículo publicado en Alemania, Francia o Inglaterra, con la bien visible indicación de su puño y letra: «valdría la pena hacer traducción», «útil», o «merece traducirse» y su firma, lo que le allanaba cualquier escrúpulo para cobrar el sueldo.

Se paseó frente a las grandes vitrinas, deteniéndose aquí y allá en busca de alguna novedad. De hecho conocía de memoria la colocación de los libros; el ojo, acostumbrado a recrearse diariamente en ellos durante el cotidiano tránsito rumbo a la Facultad, sabía muy bien en qué rincón estaba el *Fausto* editado por la Universidad de Puerto Rico, y la colección de clásicos de Espasa, dónde una edición bellamente encuadernada en piel flexible de color vino añoso de *Muerte sin fin*, y otra, algo tosca, en verde pasta rígida, de la *Antología* de Cuesta; le gustaba detenerse, ahora que leía con tan pocas dificultades en francés, frente a la vitrina que guardaba los radiantes tomos blancos de la Pléiade: allí, Nerval y Baudelaire, el teatro de Claudel, el *Journal* de Gide, Dostoievski, y los varios volúmenes de *La Comédie humaine* que el abuelo se había hecho enviar a casa hacía unas cuantas semanas. Al primer golpe de vista sabía qué libro era nuevo en los aparadores; buscaba sobre todo las traducciones de novela inglesa, italiana y norteamericana contemporánea, en las que apasionadamente se sumergía durante tardes enteras, atisbando, con avidez, diversas zonas de experiencia de las que le interesaba en especial poder descubrir afinidades y discrepancias con la suya; porque no cabía duda —y en otros días a menudo le había deleitado la idea— de que su mundo constituía un perfecto escenario que en el futuro habría de plasmar en un drama o novela; un día describiría al abuelo con su sed infatigable de saber, de aprender, de vivir por sobre el lastre que le imponían sus setenta años, recrearía algunas de las brillantes conversaciones que se entablaban en el estudio y narraría también, claro, el cambio operado en su destino individual, el imprevisto salto del mortecino y almidonado círculo familiar cargado de prejuicios y endomingadas vulgaridades al disparatado, caprichoso, libre y culto medio donde desde los primeros días se había sentido como pez en el agua, donde todo parecía creado para su personal estímulo y no transcurría día que no le aportara algún conocimiento o experiencia nuevos.

Tales reflexiones le parecían esa mañana inválidas, pueriles.

Saludó vagamente a los empleados y quedóse aún unos minutos con algunos compañeros de escuela a quienes encontró en el local y con quienes cambió frases casuales sobre tal o cual obra de consulta expuesta en las vitrinas, haciendo gala, sin que tuviera conciencia de ello, de la soltura (que llegaba a una simpática, casi jovial pedantería) proporcionada por el hecho de que en su casa comían con cierta frecuencia los profesores y el director de la Facultad, y de que dentro de poco más de dos meses, apenas pasara los exámenes finales, emprendería un viaje estupendo, arreglado ya hasta en los últimos detalles, por Francia e Italia, y de que conocía, sin haber aún cumplido los veinte años, el monólogo interior de la señora Bloom —cuando los muchachos con los que en esos momentos conversaba se sabían reducidos al Código Civil y a la *Introducción al derecho romano* de Peti—, y todavía más, de la confianza que le prestaba el saber que la carrera de leyes era para él algo contingente, que muchos esfuerzos le serían evitados en su futuro trabajo, el auténtico, el literario, pues lo que escribiese, una vez que él, sólo él, tuviera la certidumbre de haber logrado cierta calidad, no encontraría trabas ni tropiezos para publicarse. Y en medio de la charla volvió a tener la sensación de que esa seguridad era sólo aparente, de que a la postre no era sino una amarra y un peso más; provenía única y fatalmente de la existencia del abuelo, y volvió a recordar el penosísimo incidente sucedido apenas cinco días atrás, cuando por primera vez había acudido al anciano a pedirle algo de importancia y no obtuvo sino un rechazo inesperado, y en la cita a la que acudió esa misma tarde para decirle a Marta que no era posible contar con su ayuda y relatarle lo ocurrido para oírle calificar de miserable tal conducta y tener entonces la convicción de que ciertamente su abuelo se había portado como un miserable, como un medroso, aunque en las horas anteriores, en el amargo lapso que transcurrió entre la negativa del anciano y el encuentro con Marta, no se lo quiso confesar y había intentado, a pesar de su enorme desilusión, encontrar razones que justificaran o al menos que le ayudaran a explicarse tal actitud, defendiéndola con débiles y, pese a sus esfuerzos, nada convincentes argumentos. Recordó que para cerrar la discusión el abuelo se había levantado de la mesa con un aparatoso despliegue de ira sin probar siquiera el café y se había encerrado en el estudio.

Era un miserable. Un viejo acobardado. En los siguientes días rumió con amargura esos y otros adjetivos mientras comía con reconcentrado silencio y lo escuchaba discurrir eruditamente sobre aquel *Heptaplomeras* en el que hacia el alba de la Edad Moderna Bodino consagró la libertad de pensamiento y defendió tesis que tendían a legitimar los derechos de todos los credos religiosos, y luego interrumpir su disertación para decirle severamente a la Dra. Urrutia que en la teoría marxista no era lícito tratar esquemáticamente determinados conceptos referentes a los presupuestos jurídicos del Estado, como ella lo había hecho en un reciente trabajo, para añadir —y allí hacía cierto énfasis que no tenía otro destinatario que su nieto— que la mitad de su saber la debía al estudio de *El capital* emprendido hacía muchos años en Alemania y a la consecuente comprensión del método dialéctico. El anciano procuró que en esos días no faltasen invitados a la mesa, lo que a Gabriel le resultó muy cómodo, pues así no tenía que sostener ninguna conversación directa y podía permitirse responder cortés pero distantemente a las aisladas preguntas que se le dirigían y observar de soslayo cómo las pupilas cansadas y vivaces de su abuelo se detenían

pensativa, escrutadoramente en él, en un afán de advertir hasta dónde disminuía o aumentaba el rencor. Apenas terminado el almuerzo salía apresuradamente, anunciando que por la noche no le esperasen a comer ya que tenía que preparar un examen en casa de un compañero. Y todo aquel tiempo lo pasaba al lado de Marta, en la calle, en un cine o, a veces, en el café de Mascarones donde se encontraba con el primo de ella, puesto en libertad, afortunadamente, a los dos días de haber sido aprehendido por participar en el derrumbe de los arcos triunfales con que se había cubierto el paseo de la Reforma para el paso del Presidente en su viaje a las Cámaras, Mariano, que hacía jugosísimos y apasionantes relatos del tiempo transcurrido en los patios de una delegación de policía donde se apiñaban detenidos de todas las edades y condiciones, caídos esa misma noche y durante la mañana siguiente, donde los de la secreta le habían robado el reloj, la cartera y hasta la corbata, y donde, si no logró probar más alimento que un aguachirle sucia y maloliente, en cambio cantó una y otra vez ciertas letrillas alusivas, improvisadas allí mismo, a esos arcos porfirianos y a otras peculiaridades de los tiempos que corrían: contaba también que al final lo habían separado de los demás para llevarlo a una crujía donde un preso del orden común con la cara casi deformada por los golpes le auguraba infames torturas, por lo que cuando lo llevaron ante el agente que debía interrogarlo, las rodillas le temblaban de una manera vergonzosa, y se vio precisado a cambiar el tono de las declaraciones, y aunque desde luego no se rajó ni cedió ante el aire bravucón con que le preguntaron quién lo había inducido a aquella acción y quiénes lo acompañaban, tampoco recitó el discursito cívico que tenía preparado sobre la dignidad nacional y el atropello a la democracia, conformándose sólo con sostener que lo habían arrestado por error cuando se dirigía a su casa, situada en la calle de Sevilla, todo porque unas personas prendían fuego cerca de allí a uno de los arcos; que poco o nada sabía de política ni le interesaba, que era un estudiante aplicado, y luego, más tarde, lo habían reunido con una veintena de muchachos más o menos de su edad para que un militar les lanzase una moralina falsamente paternal y bastante aburrida, e inmediatamente después ponerlos en libertad, y al final de la narración mostraba con orgullosa alegría los moretones que le habían producido los agentes en el momento del arresto y durante el siniestro viaje de la Reforma a la delegación de policía, y en esos días los encuentros con Mariano adquirían más sustancia que el recuerdo de los viernes del Ritz, el Lady Baltimore o La Cucaracha, y fueron tal vez lo que más decisivamente ahondó la distancia entre él y su abuelo. La casa que hasta hacía poco lo mantuviera deslumbrador su habitación, el lecho bajo una magnífica litografía de Picasso y frente a una pequeña, muy rica en colores, acuarela de Rivera, la inagotable biblioteca y el tránsito también inagotable de gente interesante comenzaron a pesarle, a resultarle tan rutinarios e innecesarios como lo fueran hasta hacía poco los muebles coloniales, los cromos de principios de siglo y las beatas visitas recibidas en la casa de Oaxaca, por lo que esas noches llegó lo más tarde posible (con el sabor aún de los labios de Marta inquietando los suyos) para meterse en la cama y conformarse al día siguiente con repetir un mecánico «buenos días» al volver de la escuela y pasar al comedor a escuchar con oídos sordos aquel monólogo apenas ininterrumpido por tal o cual aislado comentario, innecesariamente adulón, mientras él comía rehuendo la mirada que sentía fijarse en su rostro y que lo hacía —a pesar de todos sus esfuerzos— enrojecer estúpidamente.

Obstinado, separado, vengativo, esperaba con impaciencia que diera fin el soliloquio para salir disparado a vagabundear por las calles, a husmear en los aparadores hasta que llegaba la hora de reunirse con Marta y discutir encrespadamente si *Sur* podía considerarse o no una buena revista de cultura, si la Mistral había en verdad merecido el Nobel, si *El laberinto de la soledad*, que acababa de publicarse, era un libro «definitivo», si el socialismo disminuía al escritor y al artista. Todo por algunos instantes parecía separarlos. Puntos fundamentales los unían: su convicción en ciertos valores, su fe candorosa en la cultura y su necesidad extremada de estar juntos. Al final de la discusión llegaban a una tregua y se dirigían al sitio apartado que conocían en el bosque donde se tendían tranquilamente a besarse, sin hacer el amor.

Pero esa mañana, al pasar por el comedor a beber, de pie y a la carrera como siempre, una taza de café, encontró al abuelo tomando ya el desayuno. Cierta era que algunos viernes se levantaba muy temprano para efectuar sus diligencias, pero tuvo la impresión de que en esa ocasión lo hacía para encontrarse con él y romper el hielo que entre ambos se había ido formando y de cuyo espesor tuvo esa mañana más clara constancia que nunca. Lo veía como a un extraño. El anciano con voz y tono naturales dijo que pasaran —así en plural, como si nada hubiera ocurrido— a recogerlo a la librería media hora más tarde que de costumbre, que si le era posible invitara a aquella chica tan atractiva que le había presentado el día de la conferencia sobre Diderot. A todo respondió con difusos monosílabos y leves inclinaciones de cabeza mientras tomaba a grandes sorbos su café y se disculpó por marcharse con tanta prisa pues de otra manera no llegaría a la primera clase.

Se despidió de sus ocasionales compañeros y poco a poco fue acercándose a la puerta de cristal que comunicaba con la habitación donde su abuelo trabajaba. Lo vio allí, oculto a medias por el grueso y elegante abrigo de lana y el sombrero hongo de color verde humo colocados sobre una pila de libros. Desde atrás de una estantería podía verlo a sus anchas, sumergido en un mar de papeles, libros, catálogos, haciendo anotaciones en una pequeña agenda, mientras atentamente hojeaba unos folletos; lo vio después mirar el gran reloj de pulsera y comenzar a lanzar inquietas miradas a la puerta por donde se suponía que debía él aparecer.

Así, encorvado sobre pesadas resmas de papel, al lado de sus abrigadoras ropas de invierno, le pareció de golpe un hombre débil, vencido, deshabitado, tan ligado a las convenciones más mezquinas —aunque fuese de otra manera— como la sarta de mediocres a quienes tan a menudo fustigaba, tan pusilánime en el fondo como ellos. Sólo un buen mecanismo intelectual en el seno de un hombre pequeño. Todo lo que le había parecido atractivo, sus amantes actrices, su despreocupada manera de dejar escapar el dinero, las deudas contraídas para proporcionarse algunos caprichos, el tono de adolescente jactancioso con que afirmaba no obedecer sino a los dictados de su voluntad, los compromisos que decía no tener con nadie, y más aun, sus horas de infatigable estudio, el arte que cultivaba para rendir a los amigos y tener siempre a la mano personas con quienes ejercitar la inteligencia, todo, a la postre, no lograba hacerle rebasar los contornos que circunscribían y apremiaban la existencia de sus tíos provincianos. Sus aten-

ciones para con él y sus compañeros eran sólo reflejo de la soledad, un ansia de aferrarse a algo nuevo que le permitiera evadir la terrible fatiga, el ahogo impuesto por la vejez; era un conjunto de fórmulas y conocimientos perfectamente engarzados y anudados con capacidad para derramar parte, chispas, de ese saber a quienes le rodeaban, pero el hombre, tras una aparente flexibilidad, se mantenía en el fondo absolutamente tieso y enmohecido, sitiado por tembladerales de angustia y temores absurdos, ¿por qué, si no, había tenido una reacción tan desmedida, un temor tan fuera de los límites, cuando le expuso la necesidad de hablar con el procurador o con cualquier otro de sus amigos para obtener la garantía de que nada grave fuera a ocurrirle al primo de su novia, detenido por motivos políticos y de quien no se sabía ni el tiempo que permanecería en prisión ni el trato al que podía ser sometido, y en vez de hacer la llamada telefónica —¡con ello hubiera bastado!— comenzó a hablar en términos vagos y vacíos de un orden constitucionalmente establecido, del acatamiento que exige la ley, y luego ofreció a su nieto el espectáculo degradante de citar las noticias ofrecidas por los diarios y repetir que bajo aquellos movimientos aparentemente espontáneos se movían fuerzas oscuras que pretendían abolir, destruir, minar el orden legal? Los frutos de varios días de amargo despecho parecían recrudecerse ese mediodía, al verlo allí, desvalido, con una vejez en la que había ya un indudable reclamo de la tumba, mirando con angustia el reloj, y supo, con un dolor más profundo de lo que se permitía reconocer, que era casi imposible que volviera a restablecerse la confianza de los meses anteriores, ni los alegres momentos en que como dos personas de la misma edad salían rumbo a Cuernavaca algunos fines de semana, a disfrutar del calor y cambiar sabrosos comentarios sobre las mujeres que pasaban por los portales del hotel. No iba ya a poder darse con naturalidad esa relación que se estableció desde el primer encuentro, de maestro a alumno, de padre a hijo, de amigo a amigo; ahora sólo restaba una posición incómoda entre las postrimerías de un viejo sabio y engréido y la adolescencia arisca y reservada de su nieto. El mundo que le había proporcionado: ambiente de cultura, de ideas, de bienestar, había dejado frente a los dos días de cárcel de Mariano de tener el brillo y la perfecta coherencia con que hasta una semana atrás se le había aparecido.

Sin embargo había que seguir adelante. A nadie le era permitida la elección de sus mayores. Le pareció advertir un brillo de alivio en los ojos del anciano al verlo empujar la puerta de cristal, alivio que instantes después se convirtió en sorpresa al descubrir que no entraba nadie más, que no llegaban los jóvenes cuya presencia podía contribuir al restablecimiento de una relación normal.

—¿Y tus amigos? —preguntó.

—No pudieron venir. Tenían otras cosas que hacer — respondió con desgana, despreocupadamente, mientras con un gesto de perfecta elegancia ayudaba al anciano a ponerse el pesado abrigo.

Resignadamente salieron de la librería y se perdieron entre la muchedumbre que esa sorpresivamente fría mañana de septiembre circulaba por las calles del centro.

Peitajé, julio de 1963.

